

Artículos aparecidos en la revista *Éléments*

UNA TIPOLOGÍA DE LOS ESTILOS AMOROSOS

Alain de Benoist

Traducción de José Antonio Hernández García

En el curso de los últimos decenios, numerosos estudios de psicología científica han intentado aprehender el amor como un concepto multidimensional. En 1976, L. A. Lee¹ propuso, de esta manera, distinguir tres tipos primarios: *Eros* (el amor romántico y apasionado), *Ludus* (el amor con un componente lúdico) y *Storge* (el amor con tendencia amistosa), a los que se añadían tres tipos secundarios: *Manía* (el amor fundado sobre la posesión y la dependencia), *Pragma* (el amor calculador) y *Agapé* (el amor altruista y sacrificial). Estos tres tipos secundarios se ponían en relación con parejas de los tipos primarios: *Manía*, por ejemplo, estaba considerada como una mezcla de *Eros* y *Ludus*, siendo sin embargo cualitativamente diferente tanto de uno como del otro.

Diez años más tarde, C. S. Hendrick intentó crear un instrumento de investigación que permitiera medir, mediante el análisis factorial, la realidad y confiabilidad de esta clasificación². Otros estudios han tratado más recientemente de ver en qué medida estas seis categorías diferentes de amor podrían ser traducidas estadísticamente en relación con los rasgos psicológicos particulares.

Ian Mallandain y Martin F. Davies³ seleccionaron así tres rasgos clásicos de carácter: la auto-estima, la emotividad y la impulsividad. Debido a necesidades de la encuesta, las seis categorías que L. A. Lee identificó fueron redefinidas por frases-clave: por ejemplo, *Eros* («Mi pareja y yo nos sentimos atraídos uno al otro desde el instante en que nos vimos»), *Ludus* («Me gusta que mi pareja no esté totalmente segura de los sentimientos que tengo»), *Pragma* («Antes de comprometerme en una relación con cualquiera, primero me esfuerzo por saber qué lugar ocupará dentro de mi vida»), *Agapé* («Siempre intento ayudar a mi pareja en los momentos difíciles»), etcétera. Lo mismo sería para la auto-estima (medida por el grado de acuerdo o desacuerdo con frases como: «siempre me he equivocado», «no tengo una buena opinión de mí mismo»), la emotividad («frecuentemente estoy perturbado», «todo lo que pasa a mi alrededor retumba en mí») y la impulsividad («siempre encuentro difícil resistir la tentación», «paso constantemente de un foco de interés a otro»).

Los resultados fueron los siguientes:

1) Como se esperaba, la auto-estima se encuentra positivamente correlacionada con *Eros* (el amor pasional corre parejo con la aguda sensación de tener dificultad para encontrar una pareja conforme a la imagen ideal que se tiene de sí, pero exige también una personalidad capaz de aceptar los riesgos inherentes a dicha situación) y negativamente con *Manía* (mientras más decepcionados por la existencia se encuentren los propios individuos, más rápidamente aceptarán a cualquier pareja), pero también con *Storge* y *Agapé*, lo que resulta más inesperado.

2) Igualmente era esperable que la emotividad estuviera asociada positivamente con *Manía* (el tipo maniaco se caracteriza por una propensión a la celotipia posesiva y por la necesidad de reasegurarse sin cesar acerca de la realidad de los sentimientos del otro), pero también a *Ludus* (aunque se habría podido pensar que el hecho de «jugar» con los sentimientos de su pareja se traduciría en una menor implicación emotiva en la relación). Por otra parte, y contrariamente a lo que se podría creer, también se correlaciona negativamente con *Eros*.

3) Como se preveía, la impulsividad está positivamente correlacionada con *Ludus*, pero también –lo que no estaba previsto del todo– con *Manía*.

A excepción de *Eros*, más común entre los jóvenes, la edad no parece tener influencia sobre la propensión o la elección de uno u otro tipo amoroso. Sobre el plano sexual, la encuesta reveló que las mujeres están apegadas más frecuentemente al tipo *Storge* y menos que los hombres al tipo *Agapé*.

¹ L. A. Lee, *The Colors of Love*, Ontario, New Press, 1976.

² C. y S. Hendrick, «A Theory and Method of Love», en *Journal of Personality and Social Psychology*, 1986, pp. 392-402.

³ Ian Mallandain y Martin F. Davies, «The Colours of Love. Personality Correlates of Love Styles», en *Personality and Individual Differences*, abril de 1994, pp. 557-560.

ELISABETH BADINTER Y LOS CROMOSOMAS

Alain de Benoist

Traducción de José Antonio Hernández García

Después de haber discutido la existencia del instinto maternal en *L'amour en plus*¹, y de haber defendido la androginia en *L'un est l'autre*², en *XY, de l'identité masculine*³, Elisabeth Badinter sorprendió a muchos de sus lectores al salir al encuentro con la consabida idea de que la condición masculina es, a la vez, más envidiable y más «evidente» que la condición femenina. Allí afirma, en efecto, que la masculinidad es más difícil de construir y de vivir que la feminidad.

Su razonamiento es de orden puramente biológico, sino es que biologizante. Al afirmar que por principio todos los seres humanos son femeninos, y que la aparición del cromosoma sexual masculino "Y" interviene en un estadio tardío en el desarrollo embrionario, sostiene que el hombre debe liberarse de la «impregnación femenina» sufrida durante su vida intrauterina, lo que lo confronta con el problema de una «identidad» que su simple anatomía ("XY") no hace evidente; esta dificultad se traduce, en el curso de una gran parte de su vida, en un «malestar» debido a la dificultad de asumir lo que sería el «primer deber de un hombre: no ser una mujer». En una palabra, mientras que la niña se vuelve mujer «naturalmente», pues no debe repudiar su propio sexo, los hombres habrán de luchar sin cesar en contra del hecho de que son «mujeres contrariadas». Siempre deberán construirse a sí mismos en «contra de la feminidad inicial del embrión»:

Para volverse hombre, el niño debe proceder –mucho más que una niña– a una etapa de diferenciación respecto de su primera identidad que es femenina debido a su madre; debe proceder a un corte, a una ruptura. De allí deriva todo el destino masculino. Dicha tarea de oposición y diferenciación es propia de la identidad masculina⁴.

La homosexualidad masculina provendría, pues, de la incapacidad del hombre de arrancarse el sexo con el cual comenzó su vida. La homosexualidad femenina sería de otra naturaleza completamente:

Entre ellas, las mujeres tienen una homosexualidad latente que no les estorba [...] Siempre han existido entre las mujeres relaciones muy íntimas, muy privadas que ponen en juego una forma de abandono. Estos sentimientos entre mujeres son posibles sencillamente porque no han reprimido su feminidad. De hecho, después de que nacen, las niñas entran en una relación homosexual con una mujer que es su madre. Pueden después trabar estrechos lazos con las mujeres, sin poner en cuestión, no obstante, su identidad. Ése no es el caso de los hombres⁵.

Desde esta perspectiva, la homofobia se explicaría, en el hombre, por la voluntad de exorcizar de sí una tendencia profunda («para demostrar que es un hombre, un joven debe hacer evidente que no

es homosexual»). Incluso los ritos de iniciación de la pubertad, que observamos en numerosas sociedades, tendrían por finalidad sancionar la llegada a la edad adulta con lo que equivaldría a una ruptura, siempre difícil y frecuentemente asumida más en el universo femenino.

Elisabeth Badinter invierte así, de cierta manera, la célebre proposición de Simone de Beauvoir⁶, al escribir: «Por oposición a la mujer que *es*, el hombre, por sí, debe ser *hecho*». Por lo mismo, la mujer se encuentra situada del lado del ser («se es mujer»), el hombre del lado del devenir («se vuelve un hombre»).

La teoría puede parecer seductora, y tampoco se excluye que contenga una parte de verdad. (Luce Irigaray sostiene también que la mujer se vuelve inmediatamente sujeto en relación a ese otro sujeto que es su madre, mientras que el hombre no se vuelve inmediatamente sujeto por oposición a su madre). Tal y como está expuesto, ella permanece, sin embargo, coja. Si la niña está desde su nacimiento «en una relación homosexual» con su madre, debe, en efecto, distanciarse psicológicamente de dicha relación para descubrir su atractivo hacia el otro sexo. Y a la inversa, si el niño debe desapegarse biológicamente del mundo de la madre, no debe reprimir, en cambio, su atracción hacia las mujeres, pues es constitutivo de su ser. ¿Se podría decir, pues, que es más «fácil» para las mujeres que para los hombres asumir su identidad sexuada? En realidad, en ambos casos parece estar presente una misma «dificultad», aunque no sea de la misma naturaleza.

Pero son sobre todo los datos biológicos en los que se apoya Elisabeth Badinter para afirmar que «lo varonil se construye en oposición a la feminidad primera del embrión», los que merecen ser puestos en cuestión.

Desde hace mucho tiempo, efectivamente, hemos creído que el embrión estaba programado naturalmente para volverse femenino, y que la masculinización resultaba de la intervención de un elemento nuevo, el cromosoma sexual “Y”, transmitido necesariamente por el padre. Los cromosomas sexuales “X” son comunes a los dos sexos, y cada uno estaría dedicado a volverse una mujer... salvo que se vuelva hombre, debido al reemplazo de uno de los dos cromosomas “X” por un cromosoma “Y”. Desde los trabajos de Alfred Jost en 1983, a los que se refiere Elisabeth Badinter, la idea comúnmente extendida era que el esbozo gonádico entre los mamíferos poseía un programa intrínsecamente «femenino», es decir, que conduciría a la aparición del ovario y del aparato genital de las mujeres. Entre los varones (“XY”) este programa natural sería contrarrestado por la secreción precoz de la testosterona, responsable de la diferenciación de los testículos y del aparato genital masculino; tal diferenciación sería llevada a cabo por el cromosoma “Y” a través de sus genes.

El descubrimiento en 1990 del gen “SRY” del que es portador el cromosoma “Y” pareció reforzar esta idea. Bajo la acción del gen “SRY”, el embrión exprimiría al cromosoma “Y”, en cuya ausencia el embrión permanecería femenino (“XX”). Los hombres serían los individuos que poseerían el gen “SRY”, las mujeres los individuos que estarían desprovistos de él. En otros términos, serían «naturalmente» mujeres, pero como por defecto: ser hombre sería cualquier cosa de más, ser mujer tener cualquier cosa menos. Algunas feministas han concluido que el sexo femenino era, entonces, el «sexo fundamental» de la humanidad. Otros, por el contrario, han lanzado la idea de que el sexo masculino, al representar un estadio suplementario de evolución, era el «más completo».

Pero en 1994, el descubrimiento del gen “DSS” portado por el cromosoma “X” ha puesto en duda este concepto. Al permitir el desarrollo de los ovarios e inhibir el de los testículos, el “DSS” parece

más bien ser, en efecto, un inductor de la feminización del embrión, así como el “SRY” es un inductor de la masculinización.

En un principio, el embrión no es «naturalmente» femenino, sino neutro. Se feminiza o se masculiniza de acuerdo con la presencia o la ausencia de uno u otro gen inductor del sexo biológico. No es, entonces, posible sostener que la presencia del ovario resulte por el simple «defecto» de la masculinización, ni tampoco que el sexo femenino represente al «sexo primero». El desarrollo de cada sexo está vinculado a un gen específico. Para volverse mujer, no basta con tener el gen “SRY”; es necesario también tener el gen “DSS”. El hombre no tiene cualquier cosa de más y la mujer cualquier cosa de menos: en relación a su estado inicial, cada uno posee algo que el otro no tiene. Al menos sobre este punto, Elisabeth Badinter debería revisar su copia.

¹ *L'amour en plus. Histoire de l'amour maternel, XIIIe-XXe siècle*, Flammarion, 1980.

² *L'un est l'autre. Des relations entre hommes et femmes*, Odile Jacob, 1986.

³ *XY, de l'identité masculine*, Odile Jacob, 1992.

⁴ Entrevista en *La Vie*, 3 septiembre de 1992, p. 53.

⁵ *Ibid.*, p. 57.

⁶ «No se nace mujer, se vuelve» (*Le deuxième sexe*, Gallimard, 1949, reedición: Gallimard-Folio, 1986, vol. 2, p. 13).